www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Andrea Tomé.
Autora representada por IMC Agencia Literaria.
Ilustración de cubierta de Laura Pérez
© De esta edición:
2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-619-2
Depósito legal: M-14054-2025
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2025

Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Pintalo Dorado

Un nuevo comienzo

ANDREA
TOMÉ

Ilustración de cubierta
Laura Pérez

loqueleo

El fracaso no es lo opuesto al éxito,
sino parte de él.
Yuzuru Hanyu

PARTE 1:
Diciembre

Max Polyakov, el legendario Micah Leckie y los peores Nacionales del mundo

El desastre de los Nacionales júnior

Como el título de este capítulo adelanta, este libro empieza con la competición más desastrosa de mi corta carrera deportiva, la mancha que no podía borrar en los diez años que llevaba patinando. Deja que te ponga en situación…

En el hielo, representando al Club Igloo de Madrid…, ¡Elena Ruiz!

Tenía catorce años y un único sueño: competir en los Juegos Olímpicos de los Alpes franceses en 2030. Entonces tendría diecinueve, es decir, tres más que mis ídolos, las patinadoras rusas Alina Zagitova y Anna Shcherbakova cuando ambas se hicieron con el ansiado oro en 2018 y 2022, respectivamente. Pero lo estaba haciendo mal. Muy muy mal.

Tres minutos y medio. Eso es lo que dura el programa largo de patinaje sobre hielo. Tres minutos y medio en los que te juegas toda una temporada de entrena-

mientos. Si el día anterior tuviste un buen programa corto, el largo podría convertirse en tu billete de ida al podio. Si, como me pasaba a mí, ya habías empezado con mal pie..., bueno, un largo perfecto es tu única salvación.

Si lo haces bien, un programa largo puede borrar todos los errores que hayas cometido en el pasado. ¿El problema? Yo no lo estaba haciendo bien.

Según Basilio (alias Matusalén alias Nuestro Viejo y Querido Entrenador), el patinaje es dos tercios físico y un tercio mental. Bueno, a mí las mates nunca se me han dado bien. Ni tampoco mantener la cabeza fría cuando las cosas se escapan de mi control.

Al escuchar la voz del presentador, se me erizaron los pelillos del brazo. Aquella fue la primera señal. Con los acordes iniciales del ballet *Esmeralda*, comencé a deslizarme sobre el hielo. Basilio había escogido la pieza porque no soy tan buena saltando como mis compañeras (y rivales) Amanda y Sofía, pero sí una patinadora muy clásica y con unas líneas muy bonitas. En este deporte, o eres atlético o eres artístico. Yo, que siempre he sido una perfeccionista, pensaba que me encontraría en la primera categoría, pero, en cuanto quedó claro que mi nivel era más bajo que el de Amanda o el de Sofía, Basilio se empeñó en potenciar mi parte artística.

Error. Craso error.

Con los nervios, se me olvidó sonreír. Se me olvidó que la música forma parte del programa y que tienes que ser expresiva. Al clavar el filo del patín en el hielo para el primer salto supe que acababa de tirar todo mi programa por la borda. ¿Mi triple *loop*? Una porquería.

Amanda, que es un as a la hora de salir victoriosa de las situaciones más espinosas, habría sabido reponerse de ese fallo. Yo lo intenté, de veras. Pensé en qué habría hecho ella, porque puede que sea mi rival y en aquellos momentos la principal candidata a hacerse con el oro, pero también se trata de mi mejor amiga y soy capaz de reproducir su voz en mi cabeza como si fuese mi canción favorita.

Segundo error: la falta de concentración.

La combinación de doble *salchow*-doble *toe loop* acabó conmigo de bruces sobre el hielo y con la audiencia conteniendo la respiración.

Tercer error…

Voy a ahorraros la vergüenza ajena de repasar mi desastroso programa largo de los Nacionales júnior. Todavía tenía la cara roja (por la vergüenza más que por el esfuerzo) cuando me deslicé en dirección a las barreras, donde ya me esperaba Basilio.

—¡Cabeza alta! —me dijo.

Si no fue eso, algo parecido. A Basilio le gustan las frases cortas y potentes en la competición y los entrenamientos largos y duros independientemente de que hayamos salido del hielo con una victoria o con una derrota.

Cuando llegamos al *kiss & cry*, la zona fuera de pista en la que esperamos las notas, hundí la cara en el peluche de Winnie the Pooh que me acompaña desde mi primerísima competición. *Kiss & cry*, besos y lágrimas…, qué nombre más apropiado. En aquellos momentos, habría podido asesinar a la persona que lo inventó con la cuchilla del patín si hubiese tenido fuerzas para pensar en algo más que en lo siguiente: la había cagado.

Los números, que aparecieron uno a uno en la pantalla, me confirmaron lo que ya sabía.

Dos deducciones por las caídas. Nota final: 69'56.

Me mordí el labio inferior. Basilio, sentado a mi lado, me apretó la mano. La seleccionadora, en una esquina del *kiss & cry*, torció el gesto.

¿He dicho que se me dan mal las mates? Bueno, hay una excepción: el estrés de la competición me permite calcular mi posición antes incluso de que los resultados se actualicen en la pantalla. Séptima. Séptima de doce.

El año anterior había quedado cuarta. Dos años atrás, me había hecho con el bronce. Aquel número,

que no iba a mejorar a no ser que las chicas que patinasen después que yo la fastidiasen (y les convenía no hacerlo), era la confirmación de lo que Basilio y yo sabíamos desde hacía tiempo: no estaba progresando como las demás.

Me levanté antes que mi entrenador. Notaba los ojos de serpiente de la seleccionadora sobre mí. O, para ser más precisos, sobre las lágrimas que amenazaban con salir. Para mi desgracia, soy del tipo de personas que se convierten en una fuente humana cuando se enfadan y *no quería* ponerme a llorar delante de ella, de los padres que estaban entre el público y de mis rivales.

—Lo siento mucho, Basilio —logré decir.

Él también se puso en pie para retirarnos porque sabía que yo era demasiado obediente para largarme sola. Incluso entonces, no me habría atrevido a marcharme con una rabieta.

«Ese es mi problema», pensé, «soy demasiado cobarde para este deporte».

No soy tan mala compañera como para perderme la ceremonia de entrega de medallas solo porque mi programa largo haya sido una catástrofe de niveles olímpicos, así que salí de mi escondite a tiempo para animar desde las gradas a Amanda y a Sofía. Solo una

décima las separaba; como siempre, se disputaban el primer puesto, que en una Federación tan pequeña como la española lo significa todo: quién va a las competiciones internacionales, quién recibe mayores atenciones por parte de los entrenadores y los seleccionadores, quién postula a becas deportivas que lo ayuden a pagar los miles de euros que pueden llegar a costar los patines y los trajes de competición.

En aquellos Nacionales, había sido mi mejor amiga la que se había colgado la medalla de oro del cuello. Para lograrlo, había tenido que bailar al filo de la navaja durante todo el campeonato; así de buena era Sofía, y su rivalidad con Amanda era de las que hacen historia.

Y luego estaba la chica del bronce, una patinadora diminuta de Vitoria que apenas acababa de empezar a patinar en la categoría júnior. Que en su primer año hubiese conseguido una clasificación tan importante la convertía en un peligro para el futuro, y me fijé en que tanto Amanda como Sofía la miraban con un atisbo de nerviosismo. Chica Bronce, lejos de intimidarse, sacó pecho y le dirigió al fotógrafo una sonrisa de anuncio de dentífrico; sabía perfectamente que su metal, en aquellos momentos, valía lo que el oro.

—¡Amanda, campeona de España! —grité, haciendo bocina con las manos—. ¡Olé, olé, olé, Club Igloo!

Me di la vuelta, incluso, para sacarme un selfi con Amanda y su medalla en alto de fondo. Mientras los

oficiales de la Federación entregaban los ramos de flores a las ganadoras, la subí a las *stories* de Instagram.

¡Mi mejor amiga es la mejor patinadora del país!

Cuarto error: abrir las redes sociales tras una competición. Sobre todo si, como yo, tu reacción a la lástima es la misma que al enfado: convertirte en un mar de lágrimas.

El aluvión de comentarios a mi última foto (un selfi con Amanda en el bus camino a Logroño, donde se disputaban los Nacionales) me abofeteó. La mayoría eran de compasión (algo que tiene un efecto físico inmediato en mí; véase: cuarto error), pero también había algunos decididamente crueles.

dreams0nicee

qué pena, con lo que había apostado yo por esta patinadora hace unos años :(

mramos17x

@dreams0nicee ya ves :/ tenía TANTO potencial y ahora se ha quedado muy atrás

dreams0nicee

@mramos17x supongo que dejaremos de verla en las próximas competiciones… es una pena, pq con esta edad se retiran muchas y sin casi triples y con dobles tan poco estables… no le veo mucho futuro

Apreté los dientes. No era tan valiente como Amanda ni las chicas de la pista que se dedicaban a intimidar a la competencia, pero NUNCA me rendiría. Rendirse no estaba ni en mi naturaleza ni en mi vocabulario. Patinaría aunque quedase siempre la última, aunque perdiese mis habilidades y tuviese que volver a aprender los saltos y los giros de cero.

Hice el amago de guardarme el móvil otra vez en el bolsillo, pero una *story* en la que acababan de etiquetarme me lo impidió.

¡DESASTRE SOBRE HIELO!

Nunca es fácil ver cómo una patinadora tan prometedora encadena una serie de fallos de principiante. Supongo que el Club Igloo empezará a priorizar a sus ganadoras a partir de ahora.

Bloqueé la pantalla como si jamás hubiese visto nada. De estar conmigo, Amanda me habría animado a contestar, a dejar muy claro el tipo de persona que le escribiría algo tan hiriente a una chica de catorce años. Como no quería que me viese la cara de circunstancias y se preocupase, sobre todo después de uno de los días más grandes de su carrera deportiva, me escaqueé de vuelta al *backstage* mientras preparaban el hielo antes de la competición masculina.

Por lo general, está terminantemente prohibido que nadie entre al *backstage* a no ser que se encuentre en una de las siguientes categorías:

1. Patinadores que van a salir a competir.
2. Entrenadores.
3. Miembros de la prensa con acreditación, siempre y cuando se mantengan alejados de los vestuarios.

Como mi madre era una colega periodista, y sobre todo como yo era una chica tan seria a la que no se le ocurrirían estratagemas semejantes para espiar a los chavales del patinaje masculino, los reporteros me permitieron que me quedase con ellos. Para que no desentonase tanto con mi chándal y mi, bueno, aspecto de niña de catorce años, le pusieron una pegatina con el logo de la Federación a mi móvil.

—Hala, ¿por qué no sacas algunas fotos y algunos vídeos para las redes sociales? —me dijo uno de ellos, un periodista de pelo largo que trabajaba con mamá y que había venido a cenar un par de veces a casa—. Puedes ser la becaria más joven que hayamos tenido nunca.

—Creo que las leyes de empleo de menores os lo impiden —reí.

Él me dio un codazo.

—Eh, muchos dirían lo mismo del régimen de entrenamientos de este deporte.

—No ganas medallas de oro quejándote.

Lanzó una risotada. Como todos, sabía que yo lo había hecho de pena, pero no me trataba como si fuese una cría que se acabase de enterar de que los Reyes Magos son los padres. Me hablaba casi de igual a igual, lo que agradecí.

Los chicos también se disputaban las medallas con el programa largo. Aunque no lo hubiese presenciado en mi efímera carrera como reportera becaria, habría podido imaginarme cómo habían ido sus actuaciones en base solo a los gritos del público. Por un instante, me alegré de no ser una de las patinadoras de los clubes deportivos de Logroño, porque eso significaría encontrarme a mis padres en las gradas y tener que buscar sus miradas entre las del público.

A papá y a mamá, de hecho, les tenía terminantemente prohibido ir a verme en las competiciones importantes. Amanda, cuya madre es entrenadora de la categoría novice (los enanos de la pista), no tiene tanta suerte. Siempre me da mucha pena verla en las competiciones: primero mira a Basilio y luego a su madre en busca de un gesto de aprobación que le permita creer que, sí, lo ha hecho bien.

Sacudí la cabeza para borrarme esos pensamientos y saqué un vídeo del triple *toe loop* del competidor

en pista… justo antes de que perdiese el equilibrio al aterrizar y acabase de culo sobre el hielo.

«Parece que hoy le doy mala suerte a todo el mundo», pensé, y tuve la decencia de borrarlo en lugar de subirlo. Yo acababa de estar en su misma situación y lo último que querría era material gráfico de mi fracaso. Y, cuando digo «misma situación», me refiero a «misma situación». Literalmente. Como yo, el chico fue incapaz de dejar atrás ese error. En contra de lo que muchos piensan, una caída no es El Final con mayúsculas en el patinaje; puedes remontar y hasta ganar un oro olímpico tras una caída. Pero, si dejas que te descoloque…, ahí teníamos el resultado: una cadena casi ininterrumpida de fallos tras fallos, deducciones tras deducciones.

Fingí que quería sacar unas fotos de los reporteros en acción para no tener que mirar. Conocía al chico un poco porque también pertenecía al Club Igloo, aunque como mucho nos habíamos dirigido ocho frases en toda nuestra vida. Max Polyakov tenía dieciséis años y pertenecía al grupito de chavales populares que pasaban el rato bromeando con los jugadores del equipo de hockey, y yo… era yo: dos años menor y un robot del patinaje cuyo único hobby no estrictamente deportivo (tejer) le había valido el apodo de «Abuelita».

No tuve que girarme para saber que sus notas habían sido tan nefastas como las mías. Al contrario que

yo, sin embargo, no pidió permiso antes de levantarse e irrumpir en el *backstage*.

Sus ojos enrojecidos y brillantes, sus patines haciendo un ruido intolerable con cada paso. Cada movimiento era agresivo, cortante; según avanzaba, los reporteros se apartaban con tanta celeridad que se me vino a la cabeza esa escena de *El príncipe de Egipto* en la que Moisés parte las aguas del mar Rojo con su cayado.

Basilio corría detrás de él, muy colorado, casi incapaz de seguirle el ritmo.

—¡Max! ¡Max, esa no es manera de comportarse…!

Max no le permitió seguir. Se dio la vuelta (yo misma tuve que apartarme para que su bolsa de deporte no me golpease) y le espetó:

—¡Me dijiste que lo conseguiría si practicaba los triples!

Basilio le mostró las palmas de las manos, su gesto estrella cuando quería calmarnos.

—Max, yo nunca…

—¡Odio este deporte! —lo interrumpió el chico, con el grito casi atragantado por las lágrimas—. ¡Todos mis compañeros tienen una medalla menos yo! ¡Hace tres años que no me subo a un podio!

Lo comprendía perfectamente. La encrucijada entre el deporte, que es tu vida, y el dolor por lo mucho que echas de menos esa sensación cálida en el pecho cuando lo haces bien y te cuelgan una medalla como

recompensa. Quise decirle eso, o algo parecido, pero se me olvidaron las palabras nada más separar los labios.

Max reparó en mí al volverse para huir a los vestuarios y dejar a Basilio con la palabra en la boca. Al verme, testigo presencial de su rabieta poscompetición, entrecerró los ojos. Eran muy verdes, sin mezcla alguna con marrón, y en aquellos momentos me recordaron a los de una serpiente.

—¿Y tú qué miras, niña?

—Na-nada.

Asintió.

—Bien, porque te he visto y tú también la has cagado. No eres mejor que yo.

Le habría dicho que tenía razón, pero no me dio tiempo. Le hizo un gesto a Basilio que a mí jamás se me ocurriría repetir delante de ningún adulto y se fue. Al girarme para mirarlo, me pareció que el entrenador también asentía con la cabeza.

Sí, Max y yo estábamos exactamente en el mismo barco: el Titanic después de haber chocado contra ese iceberg.

¿El principio del fin o el fin del principio?

22 A la mañana siguiente, antes incluso de que pudiese bajar a tomar el último desayuno del hotel, Basilio llamó a la puerta de mi habitación con los nudillos y me dijo que quería verme en la pista de hielo, al otro lado de la carretera, en una hora.

—¿Qué? ¿Por qué?

No me respondió. Solo me dijo que apurase si no quería que los demás patinadores acabasen con todo lo mejor del bufet libre. Bajé enseguida, por obediencia y porque sabía que a Amanda se le pegaban las sábanas y jamás se uniría a la primera hora del desayuno. No quería que mi mejor amiga me viese la cara de circunstancias y amargarle así el campeonato de España.

Por supuesto, estaba demasiado nerviosa para que se me hubiese abierto el apetito, algo inaudito al final de una competición. Por lo general, el día después de la entrega de las medallas los supermercados cerca de la pista se llenan de adolescentes atiborrando los carritos de toda la comida basura que no se permitieron ingerir las semanas

anteriores: donuts, galletas, chocolate, patatas fritas…, y todo a escondidas de los entrenadores, claro, porque ellos no verían con buenos ojos semejantes excesos.

Le di un bocado sin muchas ganas a mi magdalena de arándanos. El restaurante del hotel estaba desierto excepto por algunos entrenadores y reporteros. La única persona que se acercaba a mi edad era Max Polyakov, que se servía un plato de huevos revueltos y salchichas. Proteína. Los chicos casi nunca se preocupaban tanto por la comida y por el peso como nosotras.

No quería que se fijase en mí, pero yo no podía evitar mirarlo a él. Como Amanda, era uno de los rezagados del último turno. No pude evitar relacionar que él, como yo, había tenido una competición desastrosa. Basilio también lo entrenaba. ¿Quizá lo había convocado también a la pista? Me dio un vuelco al corazón.

«Ya está», pensé, «van a darnos la patada».

No era una idea tan descabellada. Aunque son los patinadores los que pagan a los entrenadores, en ciertos niveles son los entrenadores los que deciden en cuántos atletas quieren centrarse, y estaba claro que nosotros, después de la temporada que habíamos tenido, ya no éramos una prioridad para nadie.

Max debía estar pensando lo mismo, porque primero bajó las cejas y después (tras sacudir la cabeza, como si estuviese discutiendo consigo mismo) tomó la bandeja y se sentó en la misma mesa que yo, frente a mí.

—¿Basilio te ha pedido que vayas a la pista a las ocho?

Directo y al grano.

—Sí. ¿A ti también?

Puso los ojos en blanco.

—Apuesto a que quiere que te pida perdón por lo de ayer. —Se encogió de hombros—. Y, mira, tiene razón. Me comporté como un idiota. Tuve una competición..., bueno, ya la viste. —Me ofreció la mano—. ¿Me perdonas?

Dudé durante un instante. *El* Max Polyakov, que en la pista de hielo ni siquiera miraba en mi dirección, quería que le estrechase la mano. Me sentí ridícula por pensar algo tan patético. Para cuando acepté su oferta de paz, estaba tan colorada que habría podido jurar que iba a reírse de mí. No lo hizo, por suerte.

—La gelatina de lima es asquerosa—dijo, en su lugar, mientras señalaba con la cabeza el insulso postre que me había servido—. La competición ha terminado. Puedes tomar algo que tenga calorías de verdad y sabor de verdad.

—No tengo mucha hambre.

Mi contestación no lo asombró.

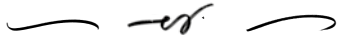
—Ya.

—No, en serio. Me preocupa un poco todo el asunto de Basilio y lo de la pista de hielo.

Tensó los labios.

—Muy bien, como quieras.

Dudó un momento si sería de mala educación levantarse y marcharse. Quizá no quería hundirse aún más, porque ya tenía el agua hasta el cuello, pero sacó un libro de su bolsa de deporte y se puso a leer mientras desayunaba. No me volvió a dirigir la palabra hasta que nos levantamos y nos fuimos a la pista, pero al menos no se cambió de mesa.



Basilio ya estaba allí cuando llegamos. No se encontraba solo. Lo acompañaban la seleccionadora y un entrenador bastante joven, de rizos castaños y chándal noventero (en serio), al que había visto en las barreras durante la competición de la categoría sénior.

Las manos me empezaron a sudar. A juzgar por su expresión, Max ya no pensaba que nos habían llamado para que él pudiese pedirme perdón por sus groserías del día anterior.

—¿Qué porquería es esta? —preguntó, y noté que le temblaba un poco la voz.

Separé los labios, aunque de ellos no salió ningún sonido. Con un gesto, la seleccionadora nos indicó que nos sentásemos en las gradas, junto a ellos, pero a mí me flaqueaban tanto las piernas que fui incapaz.

Yo había tenido razón. Iban a darnos la patada.

—Os hemos llamado para hablar con vosotros de vuestro futuro en el deporte —nos dijo la seleccionadora, tras ver que ninguno de los dos se movía—. Esta competición nos ha confirmado lo que llevábamos pensando muchos meses…

Entonces, sí, me puse a llorar. Las mejillas se me encendieron de nuevo, pero Max ya no me estaba prestando atención. Chascó la lengua.

—¿Puedes darnos la versión corta, por favor? —dijo, tras cruzarse de brazos—. Si vais a invitarnos a irnos a dos semanas de Navidad, prefiero saberlo ya.

—Nadie os está echando, Max —le aseguró Basilio.

Se había puesto de pie para rodearme los hombros con el brazo. Ese gesto de ternura, lejos de reconfortarme, solo me hizo llorar con más ganas. Odiaba lo sensible que era y no tener herramientas para evitar que mis sentimientos resultasen tan evidentes para todos.

—¿Entonces…? Porque el repaso a todos nuestros errores podéis hacerlo también la semana que viene en el entrenamiento. —Señaló al entrenador más joven con la mano—. ¿Y quién es este tipo?

El hombre, que hasta entonces había mantenido una expresión seria como la de una estatua, no pareció enfadarse. Todo lo contrario: los labios, finos, se arquearon en una mueca que casi casi parecía una sonrisa.

—Este tipo puede que sea el tipo que salve vuestra carrera deportiva —dijo, y al hablar percibí un acento que no fui capaz de identificar—. Me he fijado en vosotros. Vuestros saltos no son ni estables ni fuertes. Cuando lleguéis a la categoría sénior, si llegáis, no seréis capaces de competir contra vuestros rivales. Os quedaréis atrás, os desmotivaréis y lo dejaréis.

Me dio la sensación de que un enjambre de abejas revoloteaba en la boca de mi estómago. Quise gritarle que no, que se equivocaba, que yo era una patinadora y lo continuaría siendo siempre, pasase lo que pasase. Pero no podía ocultar lo mucho que añoraba ganar las competiciones… y lo enfadada que estaba conmigo misma por los errores que había cometido.

Max frunció el ceño, herido por ese juicio certero pero tan desafiante como yo, en mi fuero interno, me sentía.

—No hace falta que nos des el parte de una competición que ya vivimos en nuestras carnes —repuso.

Si al entrenador le ofendió su tono, fingió muy bien que no había sido así. A mí, no sé por qué, me gustó ese plural que Max había utilizado. En la pista siempre me ignoraba; yo no era una de las chicas a las que invitaba a salir el finde o a las que seguía en redes sociales (y con las que probablemente, me figuraba, se intercambiaba mensajes privados hasta tarde).

—Nada más lejos de mi intención —nos aseguró el entrenador, con una voz monótona y casi fría—. No estoy aquí para hablaros de vuestro pasado, sino de vuestro futuro en este deporte. Macarena —señaló con el dorso de la mano a la seleccionadora— ha pensado, y don Basilio ha estado de acuerdo, que, aunque en patinaje individual vuestras opciones son limitadas, podríais tener una buena carrera en el patinaje de parejas y me ha pedido que considere entrenaros.

Por primera vez en mi vida comprendí, de verdad, el significado de la frase «Me sentó como un jarro de agua fría». Me quedé paralizada, con los labios entreabiertos y las piernas tan temblorosas que parecían hechas de gelatina. No solo la seleccionadora, sino que Basilio también, pensaban que no era una patinadora lo suficientemente buena como para ganar competiciones por mí misma.

—¿Y crees que tenemos alguna posibilidad?

El entrenador dio un paso atrás, como azotado por mi pregunta. A mí, sin ir más lejos, también me sorprendió el sonido de mi propia voz, que por una vez no era suave, sino que parecía capaz de cortar hasta el hielo.

—Sí, lo creo.

Max Polyakov no estaba tan seguro. Se había apoyado en las barreras, de modo que parte de su espalda estaba inclinada hacia Basilio y la seleccionadora.

«Tiene una actitud pésima», había escuchado decir sobre él muchas veces, y quizá no era un juicio injusto, pero Max sí poseía algo que a mí me faltaba y que deseaba casi tanto como volver a ganar una medalla: confianza en sí mismo.

En aquel momento, apenas cambió de postura para sentenciar:

—¿Qué es esto? ¿Un premio de consolación porque la hemos cagado en los Nacionales?

El hombre entornó los ojos. Dio una zancada hacia Max, con su índice en alto.

—¿Crees que te estamos degradando? —preguntó con una risotada seca—. Porque esto es un ascenso, chaval. El patinaje de parejas es la disciplina más dura y más compleja de este deporte, y aquí tienes a tres personas que saben mucho de esto que creen que quizá, quizá, se te pueda dar bien.

Max no respondió de inmediato, pero un rubor se extendió por sus mejillas. Algo me dijo que aquel cambio no se debía al frío de la pista.

—Lo dices porque tu trabajo es entrenar parejas, pero lo único que yo escucho es que soy demasiado malo en lo mío y tenéis que buscar una solución.

Basilio abrió los labios. Intentó explicarle que no, que se equivocaba, que lo único que querían..., daba igual. El entrenador, tras chascar la lengua, se dio la vuelta.

—Me vuelvo a Jaca —le dijo a la seleccionadora—. Al chaval no le interesa y yo ya tengo otros patinadores a los que entrenar. No necesito una pareja júnior que me dé quebraderos de cabeza.

—¡Espera! —exclamé.

A mi voz se le unió un eco más grave, masculino, cuyo tono reconocí como el de Max. Me volví hacia él, pero no me miraba; tenía los ojos fijos en el entrenador.

—No he dicho que no me interese —se dirigió a mí—. ¿A ti qué te parece todo esto?

—Creo que merece la pena intentarlo y... —Me mordí el labio inferior—. Echo de menos ganar medallas.

El entrenador tragó saliva. Las comisuras de los labios estaban arqueadas sin llegar a sonreír; los ojos, de un verde amarronado, pasaban de Basilio a la seleccionadora y, finalmente, a nosotros dos. Dio una palmada.

—Muy bien. Tenéis dos —levantó el índice y el corazón— días libres. Después iré a Madrid y durante tres —alzó el dedo anular; se unió a los otros dos, que aún no había bajado— jornadas intensivas evaluaré cómo patináis juntos. *Si* pasáis mi prueba y solo *si* pasáis mi prueba..., me ofreceré a entrenaros. ¿Trato?

No comprobé si Max estaba de acuerdo antes de aseverar:

—Trato.

El entrenador me puso una mano en el hombro. A Max le dirigió una sonrisa ancha, brillante y retadora, de dientes torcidos.

—No te estamos degradando. Esta es la mayor oportunidad de tu vida y patinar con Micah Leckie es un gran honor, no un castigo. Tienes tres —de nuevo nos enseñó tres dedos— días para demostrarme lo que vales. Si sigues teniendo esta actitud el día uno, no habrá días dos y tres. Nos vemos a la vuelta. ¡Buen viaje!